

# COWBOY SONG

LA BIOGRAFÍA AUTORIZADA DE  
PHILIP LYNOTT



**Graeme Thomson**

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



**ES POP ENSAYO**  
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:

*Cowboy Song*  
Constable  
Londres, 2016

ES POP ENSAYO Nº 14  
1ª EDICIÓN: MAYO 2017

Publicado por  
ES POP EDICIONES  
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid  
[www.espop.es](http://www.espop.es)

Published by arrangement with Little, Brown Book Group.

© 2016: Graeme Thomson  
© 2017 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez  
© 2017 de esta edición: Es Pop Ediciones

*Todas las letras escritas por Philip Lynott, reproducidas  
con la autorización de The Lynott Estate.*

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:  
Manuela Carmona y David Muñoz

DISEÑO Y MAQUETA:  
El Pulpo Design

ILUSTRACIÓN PHIL LYNOTT:  
César Sebastián

LOGO:  
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:  
Gráficas Cems

Impreso en España  
ISBN: 978-84-944587-6-7  
Depósito legal: M-11448-2017

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
PRIMERA PARTE	15
<i>Dublín</i>	
SEGUNDA PARTE	133
<i>¿Estáis ahí fuera?</i>	
TERCERA PARTE	283
<i>El sol se pone</i>	
EPÍLOGO	357
<i>El huérfano envejecido</i>	
POSTFACIO <i>por</i> CAROLINE TARASKEVICS	361
AGRADECIMIENTOS	363
BIBLIOGRAFÍA	365
NOTAS	367
ÍNDICE ONOMÁSTICO	373

# INTRODUCCIÓN

«Los irlandeses son los negros de Europa, chicos», le dice Jimmy Rabbitte a su banda de presuntos cantantes de *soul* blancos en *The Commitments*, la novela de Roddy Doyle. «Y los dublineses son los negros de Irlanda. [...] Decidlo alto, soy negro y orgulloso de serlo».

Si los dublineses eran los negros de Irlanda, ser dublinés y *genuinamente* negro debía de ser el colmo de la otredad. En 1957, durante su primer día de clase en la escuela de los Hermanos Cristianos de Crumlin, Philip Lynott, de ocho años, aguardó pacientemente en el patio mientras sus compañeros se ponían en fila para tocarle el pelo.

«Automáticamente pasó a ser como un pavo real», cuenta Paul Scully, criado, al igual que Lynott, en la zona sur de Dublín. «Era exótico. Destacaba. Recuerdo una vez que Philip vino a casa y mi madre me susurró al oído: “Pero... ¿bebe té?”».

El alto y delgado muchacho de piel canela, padre desconocido y madre ausente, se hizo célebre simplemente por existir.

Llegados los años setenta sería la primera estrella indiscutible de rock surgida en Irlanda.

En 1986 ya nos había dejado.

Para Philip Lynott la fama fue una profecía de cumplimiento obligado. A grandes rasgos su destino siempre estuvo ahí; él sólo debía aportar los detalles. No tardó demasiado en hacerlo. A los catorce

años ya era el líder de una banda local; a los dieciocho, el cantante del mejor grupo de rock de Irlanda; antes de haber cumplido los veinte ya había formado Thin Lizzy. Cuando, mediada la veintena, la plenitud de su talento se puso al fin a la altura de su físico, su ímpetu y su carisma, Lynott parecía imparable.

Los ineludibles álbumes de referencia de Thin Lizzy —*Jailbreak*, *Johnny the Fox*, *Bad Reputation*, *Live and Dangerous*— son a la vez poderosos y extrañamente bellos. A menudo se describe al grupo como a una banda de rock duro o incluso de heavy metal, un encaillamiento que se queda muy corto ante la sentida mezcla de virilidad, melodía, poesía, travesura, ritmo y agresividad transmitida por Thin Lizzy en sus mejores momentos. Por debajo del pavoneo siempre subyacía cierta ligereza; por detrás de las sirenas y las bombas de humo persistía la firme determinación de llegar más allá y con mayor perspicacia de lo estrictamente necesario.

Sobre el escenario, Thin Lizzy acabaron siendo unos maestros del ritual del directo. Durante cinco años, en la segunda mitad de la década de los setenta, Lynott encarnó el paradigma del cabecilla de grupo de rock-and-roll. Controlaba, manipulaba y electrificaba a las multitudes hasta tal punto que su figura acabó permanentemente asociada a la imagen de portada de su clásico álbum en vivo, *Live and Dangerous*, un retrato dionisiaco con pantalones de cuero, el puño cerrado, muñequera de pinchos y pendiente de pirata.

Se le daba tan ridículamente bien ser estrella de rock, y además encarnaba el papel con tal y tan evidente fruición, que resulta fácil pasar por alto todos los demás atributos que caracterizaban a Lynott. «Hablaba con fluidez los idiomas de la música», afirma el baterista Mark Nauseef. «No muchos roqueros son capaces de hacerlo. Tenía muchos talentos. La gente no veía la mayoría de ellos».

Aunque nunca hubiera compuesto una sola canción, ya sólo su voz le habría hecho destacar. En realidad, no es la típica voz roquera en absoluto. Su timbre carrasposo, las funámbulas arritmias de su tempo y la distribución poco ortodoxa de sus fraseos sitúan a Lynott en una posición más cercana al folk y al jazz. Era un cantante melódico

seducido por la potencia y la electricidad de alto voltaje, pero su timbre melancólico siempre fue una parte esencial de su atractivo.

Si su voz ponía de relieve el alma de Thin Lizzy, sus palabras aportaban la sustancia. Las primeras letras de Lynott tienen cierto floreo poético. Son palabras de hombre joven, deseoso de impresionar, pero a menudo muy hermosas. Sus temas durante el periodo álgido de Thin Lizzy, por el contrario, seguían un tenor muy distinto de sabiduría callejera y cinematográfica, cada adjetivo y cada verbo acompañados por una navaja automática y un cuello subido. Pocos letristas han demostrado semejante capacidad para colocar al oyente justo en el centro de la acción.

Compuso melodías que han perdurado. Aunque numerosas bandas de rock duro y heavy metal —desde Megadeth hasta Metallica, de Foo Fighters a Def Leppard— citan a Thin Lizzy como una influencia clave, quizá resulte más revelador aún comprobar lo variado del tipo de artistas que han interpretado canciones de Lynott, entre ellos Pulp, Sade, The Hold Steady y The Corrs.

Como bajista era bueno. Como líder de grupo era fenomenal. Fue un perfeccionista recalcitrante capaz de afectar el pasotismo de Johnny Cool. Alternaba con poetas y jugadores de billar, con pescadores y delincuentes, con Johnny Thunders y Georgie Best. Leía tebeos y a Camus y tenía una vida interior engañosamente amplia.

Ésta es la historia de la vida de Lynott en Thin Lizzy, pero también la historia de todas las demás cosas que fue y que podría haber sido, dentro y fuera de la música.

Es una historia con un final desdichado. Lynott no siempre se comportó bien ni tampoco supo tomar siempre las mejores decisiones. Durante la última etapa de su vida, sus adicciones e inseguridades le convirtieron en un hombre difícil de tratar y, en última instancia, acabaron por dominarle.

Pero también hay mucho que celebrar. En cuanto que primera estrella de rock con todas las de la ley capaz de triunfar más allá de los confines patrios, Lynott anunció la posibilidad de una Irlanda distinta: segura de sí misma, chulesca, indómita. Su imagen —algunos de cuyos

elementos podrán parecer ligeramente ridículos en retrospectiva— era la viva encarnación del poderío. Tal como dijo el fallecido escritor irlandés Bill Graham a propósito de Lynott, «fue la estrella irlandesa más masculina y sexual que haya habido nunca, en una época en la que pugnábamos por escapar de la prisión de nuestras represiones». La fuga sobre la que Lynott cantaba en *Jailbreak* era real. The Boomtown Rats y U2 le siguieron al exterior aprovechando el mismo túnel abierto por él. Con el tiempo, acabó siendo un éxodo.

No deja de tener algo de maravilloso que, para derribar las fronteras, tuviera que llegar un hombre negro nacido en Inglaterra, hijo ilegítimo de un guyanés y una irlandesa, si bien Lynott siempre se consideró irlandés en primer y último lugar. «Se tenía a sí mismo por irlandés de pura cepa», dice el también dublinés Bob Geldof, retomando el argumento de Jimmy Rabbitte. «La vieja cantinela del Irlandés Negro: vas a ser un marginado de todas maneras. Phil era completamente irlandés, en todos los sentidos. No habría podido *ser* más irlandés»

Y sin embargo, al margen de lo irlandés que se *sintiera* o sonara, Lynott parecía justamente lo contrario. Esta distancia entre ser y parecer forma parte de su historia. Fue una existencia plena de tensiones y contradicciones que se desarrollaron en el transcurso de treinta y seis años. El resultado fueron algunos grandes momentos y música maravillosa.

«Vivió muchas vidas distintas», afirma Noel Bridgeman, amigo suyo desde que militaran juntos en Skid Row. «Había distintos niveles. Tenía una personalidad paradójica».

El poeta y editor irlandés Peter Fallon me dijo: «Philip ascendió y cayó y, de algún modo, tanto el ascenso como la caída fueron simultáneos». Por momentos en este relato Lynott da la sensación de ser una persona que lo arrojó todo por la borda. En otras ocasiones, parece un hombre que supo extraer oro de un puñado de aire. Por supuesto fue ambas cosas y también muchas otras, todas a la vez.

# 1

En las canciones de Philip Lynott encontramos varios arquetipos recurrentes, cada uno de ellos una forma de autorretrato. El buscavidas callejero (llamémosle Johnny; Lynott así lo hacía habitualmente) de “The Boys Are Back in Town” y “Johnny the Fox Meets Jimmy the Weed”; el pétreo guerrero celta de “Eire” y “Róisín Dubh (Black Rose): A Rock Legend”, tallado a partir de los mitos irlandeses; el macarra sobrado de “The Rocker” y “Black Boys on the Corner”; el donjuán de ojos tristes de “Romeo and the Lonely Girl” y “Randolph’s Tango”.

Y luego está el huérfano, que aparece como personaje secundario en gran parte de su obra. Lynott llamó Orphanage al grupo que tuvo inmediatamente antes que Thin Lizzy, y sus primeras canciones en particular abordan una vez tras otra conceptos como la familia y la identidad. “Shades of a Blue Orphanage”, “Saga of the Ageing Orphan”, “Mama and Papa”, “Diddy Levine”, “Philomena” y muchas otras trazan complejos triángulos entre madres, padres e hijos. En ocasiones están caracterizadas por un romanticismo salvaje e indagador; con mayor frecuencia, por una dolorosa sensación de ausencia.

Lynott tenía siete años cuando lo enviaron desde Moss Side en Manchester a vivir con su abuela en Crumlin, un barrio al sur de Dublín. Aquellos primeros años de su vida siguen estando poco definidos, pero la ausencia aparece como tema recurrente. La ausencia de su padre biológico y de una sucesión de posibles sustitutos; de



dos hermanos pequeños dados en adopción; de un hogar aposentado y estable en el que finalmente se vio enfrentado a la ausencia de su madre.

En el supuesto de que realmente haya algo de sustancia en el viejo precepto jesuita —*Dame un niño durante los primeros siete años y yo te devolveré al hombre*—, el de Philip Lynott representaría un caso particularmente fascinante y digno de estudio.

Crumlin fue construido a imagen y semejanza de la Irlanda Sacra. Los nombres de sus avenidas principales —Leighlin, Clonmacnoise, Ferns, Kells, Bangor, Clogher, Lismore— están tomados de las diócesis de la Iglesia Católica Irlandesa y el trazado de las mismas reproduce aproximadamente la forma de la cruz celta usada en la Eucaristía.

La zona, cuyo nombre deriva del gaélico *Croimghlinn*, «cañada sinuosa», llevaba habitada desde los tiempos de los anglonormandos. En los años treinta del siglo XX, cuando el Gobierno irlandés empezó a desalojar los ruinosos y abarrotados inmuebles del centro de Dublín, reubicando a sus inquilinos en terrenos recién urbanizados a las afueras de la ciudad, los antiguos límites de la villa de Crumlin fueron redibujados para acomodar un nuevo y vasto complejo de 3.000 viviendas de protección oficial.

Los abuelos de Lynott, Frank y Sarah, formaron parte de este éxodo. Cuando los Lynott llegaron allí en 1936, procedentes del barrio de las Libertades, en el corazón del casco viejo de Dublín, Sarah ya había dado a luz a seis de sus nueve hijos. Después de los ruidosos y claustrofóbicos confines de los viejos inmuebles, Crumlin prometía espacio, orden y orgullo cívico. A cambio de una modesta suma, la familia obtuvo el arriendo de una vivienda municipal, en el nº 85 de Leighlin Road, con agua corriente, canalización de las aguas residuales, una cocina y dos dormitorios en la primera planta.

Aunque aquel nuevo entorno les aportó una estabilidad desconocida hasta entonces, en un país pobre, moldeado por la Iglesia Católica —en el caso de Crumlin de manera literal— y marcado por un goteo constante de censura religiosa, social y moral impartido

por ésta, la ambición estaba estrictamente racionada. A medida que se fue haciendo mayor, Philomena Lynott acusó intensamente la falta de oportunidades inmediatas y llegó a la conclusión de que Irlanda no cambiaría con la suficiente rapidez como para alterar el curso de su vida.

Nacida el 22 de octubre de 1930, Philomena —sexto retoño de Frank y Sarah, y conocida como Phyllis por sus íntimos— tenía en muchos aspectos una personalidad completamente distinta a la de sus hermanos. Irreverente, cabezota y excéntrica, su espíritu se negaba a ser constreñido. Como tantos otros compatriotas antes que ella —entre ellos dos de sus hermanas mayores—, abandonó Irlanda. No veía el momento.

La primera vez que huyó a Inglaterra, sus padres enviaron en su búsqueda a un hermano mayor para que la trajese de vuelta. A los cincuenta y un años, Sarah Lynott estaba a punto de dar a luz a su último hijo, Peter, y necesitaba a Philomena en casa para que cuidase de sus dos hermanos pequeños, Timothy e Irene.

Philomena regresó, pero no se quedó mucho tiempo. Tenía diecisiete años cuando desembarcó en Liverpool. A los dieciocho estaba embarazada.

En una fotografía tomada a los veintitantos años, el padre de Philip Lynott luce el mismo bigotito elegante y minimalista adoptado posteriormente por su hijo.

Cecil Joseph Parris nació el 21 de abril de 1925 en la ciudad portuaria de Georgetown, capital de lo que entonces era la Guayana Británica, una colonia en la costa noreste de Sudamérica, encajada entre Venezuela y Surinam. El país pasó a denominarse Guyana en 1966 tras obtener la independencia.

Parris era afroguayanés, uno más entre los descendientes de millones de esclavos africanos llevados hasta la costa oriental de Sudamérica durante los siglos XVIII y XIX. Los afroguyaneses estaban considerados superiores en la escala social a los indoguaneses, cuya numerosa población procedente del subcontinente

indio había quedado relegada a los trabajos serviles y apenas tenía oportunidad de acceder a una educación o a la movilidad social. El padre de Parris, Eustace, trabajaba como maestro de escuela en Georgetown, parte de la clase media educada y urbanita que llegó a la ciudad tras la abolición de la esclavitud. Eustace estaba casado con Jeanetta y Cecil fue uno de sus varios hijos.

El flujo de migración entre la Guayana Británica y el Reino Unido en los años cuarenta y cincuenta estaba más cerca del goteo que de una corriente, particularmente si se lo compara con otros casos como los de Jamaica, Trinidad y Barbados. Era una colonia prometedora y Georgetown, en aquella época, una elegante ciudad ajardinada con canales, bulevares arbolados y edificios elegantes. No obstante, la Guayana Británica era un paraje remoto y el coste del viaje hasta Gran Bretaña resultaba prohibitivo. La migración quedaba principalmente restringida a los miembros de la élite educada, que era la que disponía de los medios y los contactos necesarios.

Cecil Parris falleció en 2012. Es imposible saber si cuando partió de Georgetown hace casi setenta años estaba huyendo del pasado o navegando hacia el futuro. Mucho más tarde le contaría a su esposa Irene que en 1947 tomó la decisión de emigrar a Nueva York. Su familia siempre ha creído que viajó como polizone en un buque de vapor. Una vez que el barco estuvo en alta mar y lo suficientemente lejos del puerto de Georgetown, Parris se presentó ante la tripulación y trabajo en la cocina a cambio de su pasaje. Otro de los relatos familiares afirma que Parris siguió convencido, equivocadamente, de que el buque se dirigía a Estados Unidos, y que desembarcó en Liverpool pensando que había arribado a Nueva York.

Existe la posibilidad de que llegase a Gran Bretaña por una vía alternativa. La lista de pasajeros de un vuelo de Pan American Airways efectuado el 13 de agosto de 1947, con origen en Georgetown y destino en Nueva York, cita a un Cecil Parris entre los viajeros a bordo. Su pasaporte británico había sido expedido tres meses antes y la dirección aportada para su estancia en Nueva York era el nº 24 de la calle Halsey, en Brooklyn; una larga y animada avenida en pleno distrito

de Bedford-Stuyvesant, lleno de teatros, salas de fiestas y salas de boxeo. Puede que se trate de otro Cecil Parris. El apellido no es poco común en Guyana y la edad del pasajero indica veinticinco años en vez de los veintidós que a la sazón contaba Cecil. Una conclusión alternativa sería que el padre de Lynott tuvo éxito en su propósito inicial de emigrar a Nueva York y estuvo residiendo allí una temporada antes de viajar a Gran Bretaña.

Lo que es seguro es que aún no había transcurrido un año desde su desembarco cuando Parris fue a dar con otra expatriada. Irene Parris cree que su marido y Philomena Lynott se conocieron en Liverpool, la gran ciudad portuaria del noroeste de Inglaterra a través de la cual ambos entraron en el país prácticamente al mismo tiempo. Sin embargo, en el recuerdo de Philomena su primer encuentro tuvo lugar en Birmingham, en uno de los habituales bailes de fin de semana celebrados en un hotel local para personas desplazadas. Tales instituciones abundaban en la Inglaterra de la posguerra y post Windrush<sup>1</sup>. A menudo se otorgaban una pátina de elegancia raras veces merecida autodenominándose hoteles. En su gran mayoría eran hostales que proporcionaban alojamiento a inmigrantes procedentes de Europa del Este y de las Indias Occidentales.

Parris y Philomena Lynott hicieron buenas migas. Para entonces él ya se había hecho acreedor de un apodo, «El Duque», conferido en honor a un sentido de la elegancia más bien ostentoso y a su reputación como seductor; el fino bigotillo no era el único rasgo que compartió con su hijo. Los bailes frecuentes condujeron a encuentros frecuentes que, a su vez, condujeron a algo más y a primeros de 1949 Philomena Lynott descubrió que estaba encinta.

Su hijo nació el 20 de agosto de 1949 en el hospital Hallam de West Bromwich; pesó cuatro kilos y trescientos gramos. Su nombre de pila era la contrapartida masculina del de su madre. Su segundo nombre fue Parris, en honor del padre que, según afirmaban tanto

1. Nombre del barco que en 1948 llevó de Jamaica a Londres al primer gran grupo de emigrantes procedentes de las Antillas. (*Todas las notas son del traductor*).

Philomena como Irene Parris, se ofreció a pasar por la vicaría antes de que naciera el niño, una oferta que no fue aceptada.

El primer hogar de Philip Parris Lynott fue Woodville House, en el 176 de Raddlebarn Road, junto al parque Selly, al suroeste de Birmingham. Antiguo asilo para pobres, el enorme edificio victoriano llevaba operando desde 1943 como refugio para madres solteras a cargo de la Sociedad Diocesana de Rescate de Birmingham, conocida en la actualidad como Sociedad del Padre Hudson. Woodville estaba supervisada por las Hermanitas de la Caridad de San Pablo Apóstol y podía acomodar hasta a quince mujeres con sus retoños a un mismo tiempo. Mientras su madre pasaba las noches en un dormitorio comunal y trabajaba a cambio de cama y sustento, Lynott dormía con los demás niños en otra estancia del edificio. Fue bautizado —no había elección al respecto— el 4 de septiembre de 1949 en la iglesia católica de St. Edward, que se alzaba a un corto paseo de distancia del refugio y a la que tanto las jóvenes como sus hijos acudían cada domingo a oír misa.

Desde 1944, la Sociedad Diocesana de Rescate de Birmingham estaba legalmente registrada como agencia de adopción y podía disponer que los niños a su cuidado fuesen entregados a familias más «adecuadas». Al cabo de tres meses en Woodville, las madres tenían que elegir entre renunciar a sus bebés o abandonar el refugio y apañárselas por su cuenta. La elección era más complicada de lo estrictamente necesario, si cabe. Era una época de austeridad posbélica. La Ley de Ayuda Familiar había sido aprobada en agosto de 1946, pero el pago de cinco chelines semanales en concepto de asistencia social se aplicaba únicamente a partir del nacimiento del segundo hijo; las madres primerizas como Philomena Lynott quedaban excluidas. Tanto en el plano social como en el económico, la presión y la coacción aplicadas para obligar a las mujeres a separarse de sus hijos era enorme.

Cuando le llegó el turno, Philomena consiguió encontrar un lugar donde vivir y conservar a su hijo. Fue el inicio de un periodo errático e incierto que se prolongó durante varios años en los que madre e hijo

fueron objeto de una atenta supervisión e intervenciones constantes por parte tanto de la Iglesia Católica como de los servicios sociales locales. Cada vez que se mudaba, cosa que ocurría a menudo, hacía lo posible por ganarse un jornal. Philomena encadenó toda una serie de pensiones, hostales y áticos en los barrios menos salubres de Birmingham, Liverpool, Leeds y Manchester. Su hijo se quedaba al cuidado de canguros —algunas recurrentes, otras desconocidas— y en ocasiones permanecía solo mientras su madre trabajaba de noche. Era una existencia inestable y desarraigada, marcada por los prejuicios y la amenaza constante de una nueva huida a la luz de la luna. Nuevos alojamientos, nuevas calles, nuevos subterfugios para justificar el traslado. Lynott pasó como mínimo algún tiempo —y lo más posible es que bastante— al cuidado de los servicios sociales.

Aquel ya de por sí difícil arranque en la vida se complicó aún más cuando Philomena volvió a quedarse embarazada. En abril de 1951 dio a luz a una niña, Jeanette, en el hospital Sefton Park de Liverpool. Cecil Parris aparece citado como padre en su certificado de nacimiento; la niña fue nombrada en honor de la madre guyanesa de éste y «Parris» fue elegido nuevamente como segundo nombre. Al parecer, Philomena y él habían seguido viéndose de manera irregular desde el nacimiento de Philip, pero ambos llevaban vidas cambiantes y volátiles. En realidad el padre de Jeanette no fue Cecil Parris, sino un militar estadounidense blanco que ya había salido de escena.

Poco después, Parris también hizo lo propio. Se instaló de manera permanente en Londres, donde ahora vivía y trabajaba como policía uno de sus hermanos, Alan Parris. Más miembros de la familia se unirían posteriormente a ellos desde la Guayana Británica. Tendrían que pasar otros veinticinco años antes de que Parris reencontrase en la vida de su hijo. «A Cecil siempre le causó mucho malestar [su marcha], porque era un hombre que le daba mucha importancia a la familia», afirma Irene Parris. «Pero no le dieron opción. [...] No pudo ser un padre para Philip».

Poco después de la marcha de Parris, Philomena se trasladó a vivir a Manchester, donde conoció a un soldado estadounidense negro

al que ella llamaba Jimmy Angel. Era él quien le pagaba el alquiler de un piso en el 96 de Everton Road, una callejuela en el barrio de Chorlton-on-Medlock, posteriormente demolido como parte de una operación de limpieza urbanística. Una vez más se quedó embarazada, dando a luz a un tercer hijo, James Arthur Lynott, el 27 de junio de 1952 en el Hospital General de Manchester Norte. El padre contribuyó ligeramente en lo económico, pero pronto tuvo que regresar a Estados Unidos. Lynott, que para entonces tenía tres años, «se tomó su ausencia muy a pecho».

Tras haber dado a luz a tres hijos de tres padres distintos —ninguno de los cuales asumió el papel de progenitor o sostén— antes de haber cumplido los veintidós años, Philomena se vio enfrentada a unas circunstancias imposibles de sobrellevar. A primeros de 1953, cuando Jeanette aún no había cumplido los dos años, su madre entregó a la niña en adopción. El patrón se repitió con el hermanastro de Lynott, James, que fue entregado en adopción en 1954, a la edad de dos años.

El trauma fue profundo y desolador; que Philomena no sólo lo sobrellevara sino que además prosperase da buena muestra de su notable entereza. El impacto sobre su hijo resulta más complicado de discernir.

En 1957 Lynott estudiaba en la escuela primaria de Princess Road, en Moss Side. En su cartilla de notas, aparecen las siguientes calificaciones: Conducta, SU; Asistencia, BI; Puntualidad, IN. «Philip necesita ayuda para desarrollar de manera regular el hábito de la puntualidad», anotó su profesor sin rodeos. «Una decepción», añade el director, que adjunta una nota recriminando al alumno el ser «deliberadamente descuidado» por haber perdido la cartilla en la calle de regreso a casa. No hace falta leer mucho entre líneas para identificar los contornos de una vida hogareña errática; años más tarde, Lynott rememoraría que a la salida del colegio nunca había nadie esperándole.

Resulta imposible saber qué fue lo que presenció o sintió durante los primeros años de su vida. Simplemente nunca habló al respecto. «No recuerdo haberle oído decir jamás ni una sola palabra sobre

aquella época», afirma Jim Fitzpatrick, el ilustrador irlandés que acabó siendo uno de los amigos más íntimos de Lynott. «Creo que en su cabeza su vida comenzaba cuando tenía siete u ocho años. A lo mejor ésa es la manera que tienen los niños de adaptarse psicológicamente. Nunca hizo comentarios negativos. Intenté hablar con él un par de veces sobre ello y fue como intentar sacarle una muela».

El corazón de su infancia está sembrado de misterios y secretos. Las piezas no terminan de encajar. Faltan fragmentos. Las fechas se confunden o no coinciden. La verdad absoluta sigue resultando esquiva tanto para el observador externo como para los miembros de su familia... tal como en gran medida lo fue para el propio Lynott. De adulto, jamás dio indicio alguno de haber tenido conocimiento de la existencia de dos hermanastros. Era muy pequeño cuando nacieron y a lo mejor se desvanecieron rápidamente de su memoria y ya sólo existían como un contorno borroso, un sueño que nunca terminó de relacionar con su realidad. Tampoco resulta inconcebible pensar que, obligado por las circunstancias, pudiera encontrarse en otro lugar en el momento de su nacimiento; que fuera otra persona al margen de su madre quien cuidase de él en Inglaterra. Con el tiempo, Lynott acabó forjando una relación extremadamente estrecha con Philomena y llegó a comprender su espíritu vibrante y a quererla incondicionalmente, pero aun así siguió habiendo cosas sobre el pasado de su madre que él nunca supo y quizás no quiso saber.

Poco antes de morir, en el otoño de 1985, Lynott descubrió de manera concluyente la existencia de su hermanastra, Jeanette, la cual hacía poco que había tomado la decisión de rastrear a su madre biológica y se había puesto en contacto con ella (el otro hijo de Philomena Lynott, James, ahora conocido como Leslie, no se puso en contacto con ella hasta 1996, diez años después de la muerte de Lynott). Renombrada Philomena por sus padres adoptivos, Jeanette era ahora maestra y vivía en Derby, en las East Midlands de Inglaterra. Lynott no dio el menor indicio de estar recibiendo una información conocida de antemano, si bien su reacción ante la noticia fue sosegada. Turbado como estaba en aquel momento por problemas personales y



profesionales, la confirmación de que tenía una hermanastra era una complicación añadida que no recibió necesariamente con agrado. En menos de tres meses había fallecido sin llegar a conocer nunca a la «otra» Philomena.

La capacidad de resistencia de su madre salvó a Lynott del destino de numerosos otros niños —entre ellos sus hermanos— nacidos en circunstancias similarmente arduas. No fue secuestrado por la Iglesia Católica, vendido al mejor postor ni entregado en adopción en Estados Unidos o Australia. No obstante, el precio de mantener los lazos familiares fueron unos primeros años de vida indudablemente angustiosos. Sobrepassada por «el miedo y la paranoia», Philomena acabó finalmente por quedarse sin opciones. En el verano de 1957, envió a Lynott a vivir con sus padres en el 85 de Leighlin Road en Crumlin. Estaba a punto de cumplir los ocho años. Allí le aguardaba el sólido sostén de Irlanda.